



TEXTOS PARA EL AÑO VOCACIONAL SCALABRINIANO



MISSIONEROS DE SAN CARLOS
SCALABRINIANOS

FICHA TÉCNICA

Textos

Mons. Pedro Collar Noguera

Oscar Ruben López Maldonado

P. Alexandre De Nardi Biolchi, CS

P. Antônio César Seganfredo, CS

P. Eduardo Pizzutti, CS

P. Gelmino Costa, CS

P. Genoir Pieta, CS

P. João Garbossa, CS

P. Leonir Mário Chiarello, CS

P. Marcelo Vitor Viana Braz, CS

P. Marco Strona

P. Marcos Henrique da Silva Nunes, CS

P. Rosalino Gaona, CS

Vitor Azevedo

Organización

Secretariado de Animación Vocacional

P. Camilo Moreira Maforte, CS

Vitor Azevedo

Revisión

Vitor Azevedo

Proyecto Gráfico e Diagramación

Lucas A. Santos

Producción Final

Departamento Regional de Comunicación

Fotos

Archivo Regional - RNSMM y Vatican Media

RESUMEN

ESTE ES UN PDF INTERACTIVO. HAZ CLIC EN EL ELEMENTO PARA ACCEDER AL CONTENIDO

**CARTA CIRCULAR
DEL SUPERIOR REGIONAL**

ABRIL DE 2026

**REAVIVAR LA VOCACIÓN:
UNA LLAMA QUE DEBE SER
CUSTODIADA Y RENOVADA**

MAYO DE 2026

MARÍA, MODELO DE VOCACIÓN

JUNIO DE 2026

**LA VOCACIÓN DE SAN JUAN
BAUTISTA SCALABRINI**

JULIO DE 2026

**LA VOCACIÓN MISIONERA DE
LOS LAICOS,
DE LOS CONSAGRADOS
Y DE LOS SACERDOTES**

AGOSTO DE 2026

**VOCACIONES ESPECÍFICAS
AL SERVICIO DEL REINO**

SEPTIEMBRE DE 2026

LA VOCACIÓN EN LA BIBLIA

OCTUBRE DE 2026

VOCACIÓN Y MISIÓN

NOVIEMBRE DE 2026
VOCACIÓN
Y CARISMA SCALABRINIANO

DICIEMBRE DE 2026
VOCACIÓN A LA VIDA

ENERO DE 2027
LA EUCARISTÍA Y LA VOCACIÓN

FEBRERO DE 2027
LA VOCACIÓN PARA
DAR TESTIMONIO DE FE
EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

MARZO DE 2027
TESTIGOS DEL AMOR DE CRISTO
CON LOS INMIGRANTES

ABRIL DE 2027
JESÚS, EL BUEN PASTOR QUE
DA LA VIDA POR SUS OVEJAS

EXPLICACIÓN DEL LOGO
DEL AÑO VOCACIONAL
SCALABRINIANO

HIMNO DEL AÑO VOCACIONAL
SCALABRINIANO



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

CARTA CIRCULAR DEL SUPERIOR REGIONAL



MISIONEROS DE SAN CARLOS
SCALABRINIANOS
REGIÓN NUESTRA SEÑORA MADRE DE LOS MIGRANTES

San Pablo, SP, 19 de abril de 2026.
Prot. 74/2026

Objecto: Año Vocacional en la Región Nuestra Señora Madre de los Migrantes.

Estimados cohermanos, seminaristas, laicos y jóvenes Scalabrinianos.

El 26 de enero de este año 2026, nuestro Superior General P. Leonir Mário Chiarello, CS, anunció la realización del Año Vocacional Scalabriniano, que comenzará el 26 de abril, Domingo del Buen Pastor, y se extenderá hasta el 18 de abril de 2027.

En la ocasión, el Superior General afirmó: “Será un tiempo de gracia, ofrecido a toda nuestra Familia Scalabriniana para volver a lo esencial del llamado recibido. El tema que acompañará este Año Vocacional es tomado de la exhortación de San Pablo a Timoteo: ‘Te recuerdo que reavives el don de Dios que está en ti’ (2Tim 1,6)”.

Pero ¿por qué y para qué un Año Vocacional Scalabriniano?

Un año vocacional es un tiempo especial para volver a nuestro amor primero, a la vocación que recibimos de Dios; para rezar nuestra vocación, agradecer por el llamado recibido y para reavivar el don de Dios que está en nosotros. Es también una oportunidad para vivir con renovado entusiasmo y alegría nuestra vocación laical, religiosa, misionera y sacerdotal.

Además, se trata de una ocasión privilegiada para agradecer al Señor por las vocaciones que Él ha suscitado y que sigue suscitando en nuestra Familia Scalabriniana.

Un año vocacional también representa un momento favorable para fortalecer la cultura vocacional en nuestras comunidades e impulsar iniciativas que despierten nuevas vocaciones, especialmente para la vida consagrada y sacerdotal.

En este sentido, y en sintonía con el Secretariado General de la Animación Vocacional y Formación Inicial, la Región Nuestra Señora Madre de los Migrantes propone un itinerario que incentive a todas nuestras presencias misioneras a realizar acciones e iniciativas durante este Año Vocacional Scalabriniano, buscando fortalecer la identidad scalabriniana de nuestra acción evangelizadora y cultivar una auténtica cultura vocacional en nuestras pastorales.

Para cada mes fue definida una temática específica que servirá de inspiración para los encuentros, reflexiones y celebraciones:

- **Abril de 2026**
Apertura del Año Vocacional: “Reaviva el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6)”;
- **Mayo de 2026**
María, modelo de vocación;
- **Junio de 2026**
La vocación de San Juan Bautista Scalabrini;
- **Julio de 2026**
La vocación misionera de los laicos, religiosos y sacerdotes;
- **Agosto de 2026**
Vocaciones específicas al servicio del Reino;
- **Septiembre de 2026**
La vocación en la Biblia;
- **Octubre de 2026**
Vocación y misión;
- **Noviembre de 2026**
Vocación y carisma scalabriniano;
- **Diciembre de 2026**
La vocación a la vida;
- **Enero de 2027**
La eucaristía y vocación;
- **Febrero de 2027**
La vocación para testimoniar la fe en la Iglesia y en el mundo;
- **Marzo de 2027**
Testigos del amor de Cristo junto a los migrantes;
- **Abril de 2027**
Jesús, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

Además, bajo la coordinación del Secretariado Regional para la Animación Vocacional y la Formación Inicial, con la colaboración del Departamento Regional de Comunicación, están previstas las siguientes iniciativas:

- *Elaboración de guiones celebrativos;*
- *Encuentro de los Formandos, del 23 al 26 de julio de 2026, en Guaporé, Río Grande del Sur;*
- *Misión Vocacional Scalabriniana, del 26 al 31 de julio de 2026, en Sarandí, Río Grande del Sur;*
- *Misión Vocacional Scalabriniana, en agosto de 2026, en San Cristóbal, Paraguay;*
- *Composición y grabación de músicas vocacionales scalabrinianas;*
- *Elaboración de materiales impresos (banner, carteles, etc.) con el logotipo del Año Vocacional y la oración vocacional;*
- *Preparación de 24 horas de adoración en los seminarios y casas de formación;*
- *Producción y difusión de contenidos vocacionales (frases, videos, entrevistas y testimonios) en los medios de comunicación y plataformas digitales.*

Por otra parte, sugerimos una serie de actividades que podrán realizarse localmente conforme a la realidad de cada presencia misionera:

- *Celebración de apertura (abril de 2026) y conclusión (abril de 2027) del Año Vocacional Scalabriniano;*
- *Inclusión de la oración vocacional en las celebraciones eucarísticas;*
- *Adoración eucarística todos los jueves;*

- Realización de 24 horas de adoración en las comunidades parroquiales y en las misiones;
- Yincanas vocacionales con los monaguillos, catequizandos, grupos de jóvenes, estudiantes y demás públicos de las instituciones educativas;
- Fortalecimiento de la Juventud Scalabriniana (JUVES) y del Movimiento Laico Scalabriniano (MLS);
- Semanas y triduos vocacionales;
- Jornadas y ferias vocacionales (Expo Carisma);
- Testimonios vocacionales de religiosos, seminaristas y misioneros;
- Experiencias del “Vengan y Vean” para los jóvenes vocacionados;
- Difusión de contenidos relacionados con el carisma scalabriniano y con el Año Vocacional en los medios de comunicación y plataformas digitales;
- Promover la devoción a San Juan Bautista Scalabrini, al Venerable Padre José Marchetti, al Venerable Massimo Rinaldi y al Siervo de Dios Padre Tarcisio Rubin.

También fue preparada una Oración por las Vocaciones Scalabrinianas, elaborada especialmente para el Año Vocacional, cuya utilización es recomendada en las celebraciones eucarísticas:

Oración por las Vocaciones Scalabrinianas

Dios bondadoso, Tú nos has bendecido con muchos dones y talentos.

Concédenos la sabiduría para reconocerlos y ponerlos al servicio de la gloria de tu Nombre.

*Bendice a tu Iglesia con corazones
generosos, inspirados por el Espíritu Santo,
a imagen del celo misionero
de San Juan Bautista Scalabrini.*

*Suscita en nosotros el ardiente deseo
de servir a tu pueblo, especialmente
a los migrantes y refugiados,
en la vida sacerdotal, religiosa y laical,
en el corazón de nuestra
Congregación Scalabriniana.
Amén.*

Invitamos, por tanto, a todos los cohermanos,
seminaristas, jóvenes y laicos scalabrinianos
a vivir intensamente este Año Vocacional
Scalabriniano como un verdadero tiempo
de gracia, renovación y discernimiento. Que
sea una oportunidad para fortalecer nuestra
respuesta al llamado de Dios y para suscitar
nuevas vocaciones al servicio de los migrantes,
refugiados y marítimos.

Que, por intercesión de Nuestra Señora Madre
de los Migrantes y de San Juan Bautista
Scalabrini, Dios bendiga a todos aquellos que
vivan este Año Vocacional con creatividad,
entusiasmo y espíritu misionero.

P. Alexandre De Nardi Biolchi, CS
Superior Regional

P. Evandro Antônio Cavalli, CS
Secretario Regional



ABRIL DE 2026

**REAVIVAR LA VOCACIÓN:
UNA LLAMA QUE DEBE SER
CUSTODIADA Y RENOVADA**



P. Leonir Mário Chiarello, CS

Superior General de la
Congregación de los Misioneros
de San Carlos – Scalabrinianos

Con alegría, el 26 de abril, Domingo del Buen Pastor, la Congregación dará inicio oficial al Año Vocacional. Será un tiempo de gracia, concedido a toda la familia scalabriniana, para volver a lo esencial del llamado recibido, para custodiar con gratitud el don de la vocación y para despertar, en el corazón de cada uno, el ardiente deseo de seguir a Cristo por los caminos del mundo.

Para acompañar este camino, tendremos la palabra de San Pablo a Timoteo: “Te recuerdo que reavives el don de Dios que está en ti” (2 Tim 1,6): una invitación a no dejar que el fuego recibido se apague, sino a renovarlo cada día. El verbo usado por Pablo, “reavivar”, evoca precisamente esta imagen: la de una llama que no se ha apagado, pero que debe ser avivada de nuevo para volver a arder con fuerza. Es el fuego del primer encuentro con el Señor, de aquel momento en que su

voz llenó el corazón de alegría, de la gracia acogida a través de la Iglesia y confiada a nuestra libertad. Reavivar el don significa, por tanto, volver a la fuente, renovar la relación con el Donante, abrir nuevamente las manos ante Dios y dejarse alcanzar, una vez más, por su amor.

La vida y la misión de San Juan Bautista Scalabrini iluminan nuestro camino. Nuestro fundador supo escuchar el clamor de los migrantes de su tiempo y leer en sus heridas un llamado de Dios. Él no guardó la fe como algo que debía retener para sí mismo, sino que la transformó en dedicación, valentía y caridad concreta. Señaló un camino evangélico hecho de compasión y responsabilidad compartida, hasta dar vida a una misión que aún hoy sigue dando frutos. En él vemos la belleza de una vida plenamente entregada: una existencia arraigada en Dios y, precisamente por eso, enteramente dedicada a los demás.

Hoy renovamos nuestro compromiso de anunciar al mundo con fuerza que vale la pena dejarlo todo por Dios. No porque el Señor le quite algo al hombre, sino porque Él lo da todo de una manera nueva. Vivir para Jesús no significa huir de la realidad, sino elegir lo que realmente importa; no significa renunciar a la vida, sino

entregarla a un amor más grande; no significa perder, sino encontrar en Él el sentido más verdadero de la propia existencia. En una época en la que muchos buscan seguridad, afirmación o autonomía, es importante recordar a los jóvenes que la vida realmente florece cuando se convierte en don.

Como dijo San Juan Pablo II durante la Jornada Mundial de la Juventud de 2000 en Roma: “Es Jesús a quien buscan cuando sueñan con la felicidad; es Él quien los espera cuando nada de lo que encuentran los satisface; es Él la belleza que tanto los atrae; es Él quien los desafía con esa sed de radicalidad que no les permite conformarse con el compromiso”. Este es el desafío al que somos llamados como Misioneros Scalabrinianos: dar testimonio con nuestras obras de que el Evangelio es digno de ser vivido hasta el final y de que entregarse por el Reino de Dios hace al corazón profundamente libre.

El Año Vocacional será, por tanto, una invitación dirigida a todos aquellos que comparten el carisma scalabriniano para vivir un camino de oración, escucha, discernimiento y renovada disponibilidad. Será un tiempo propicio para releer la propia historia a la luz de la fidelidad de Dios, para reavivar el primer amor, para dejarse interpelar por Cristo y para renovar, con alegría, el propio “sí”.

Pidamos al Señor el don de corazones abiertos, capaces de reconocer su voz y responder con generosidad. Recemos para que en nuestras comunidades crezca una verdadera cultura vocacional, capaz de dar testimonio de la belleza de la consagración y de acompañar con esmero a quienes se sienten llamados por Dios.

Confiamos este Año Vocacional a la Virgen María, Madre de Dios y Madre de los migrantes, y a la intercesión de San Juan Bautista Scalabrini, para que guíen el camino de la Congregación y ayuden a cada uno a reavivar lo que ha recibido, a permanecer en el amor de Dios y a vivir con alegría su propia vocación al servicio del Evangelio y de los más necesitados.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

MAYO DE 2026

MARÍA, MODELO DE VOCACIÓN



P. Genoir Pieta, CS

Misionero Scalabriniano

¡María de Nazaret! Era una joven como tantas otras de su tiempo, una muchacha del campo, sencilla, de familia humilde. Recibió de sus padres, Joaquín y Ana, una educación profundamente religiosa, arraigada en la Palabra de Dios transmitida oralmente, fundamentada en la oración bíblica mediante la recitación de los Salmos y en una vida dedicada a Dios desde pequeña, junto al Templo.

Pero no tenía mayores pretensiones, sino vivir una vida común, aunque totalmente dedicada a Dios. Ese era su sueño. Hoy diríamos: su proyecto de vida.

Pero “Dios miró la pequeñez de su sierva... ¡Él derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes!”. ¡Dios siempre es sorprendente, maravilloso y creativo! Él piensa, desea y quiere para cada persona lo mejor, lo máximo, en vista de su felicidad. ¡Porque ama!

¡Y la joven María de Nazaret tuvo una enorme sorpresa! Imaginemos la escena y un diálogo, basado en el Evangelio de Lucas:

—¡Shalom! ¡Alégrate! ¡Te saludo, llena de gracia! ¡Dios está contigo!... ¡Tendrás un hijo!

— ¿Cómo? ¿Qué es esto? ¡Yo no conozco varón!... ¡Mi plan es otro! ¡Me he consagrado a Dios!...

— No tengas miedo, María. ¡Será obra del Espíritu Santo! Por eso, tu hijo será Hijo de Dios. Él salvará a tu pueblo. ¿Quieres una prueba? Tu prima Isabel, a pesar de ser anciana y estéril, ¡ya está en el sexto mes de embarazo! ¡Porque para Dios nada es imposible!

— ¡Ah! Pero, si es así, si es la voluntad de Dios, si realmente es Él quien lo quiere, ¡no puedo negarme! ¡Acepto! Porque no soy más que una humilde sierva suya. Entonces: ¡*FIAT*! ¡Hágase como Él quiera!

¡Y el Verbo se hizo carne! Es decir: ¡la Palabra se hizo hombre! ¡Y vino a habitar entre nosotros por medio de la joven de Nazaret! ¡Qué misterio! ¡Qué extraordinario misterio de amor!

¡Cuántas enseñanzas en este sencillo episodio! María es sencilla, pero inteligente. No se deja convencer

por las palabras de un extraño sin tener aclaraciones confiables. Ella eligió servir a Dios y se consagró a Él. Pero, cuando Dios le muestra que el camino para esa consagración no corresponde a su “sueño”, ella renuncia a su “sueño”, a su proyecto de vida, para ser fiel a Dios.

María demuestra ser una persona consciente y bien informada al dar su consentimiento. Entonces, para cualquier vocación: discernimiento, apertura, disponibilidad, humildad, conciencia, coherencia, decisión, fe y absoluta confianza en Dios. Eso es lo que se refleja en el Sí de María.

Por eso, María es modelo de vocación. ¡De todas las vocaciones! Matrimoniales, laicales, consagradas, religiosas, sacerdotales... Todas tienen en María de Nazaret un verdadero ejemplo a seguir. ¿Por qué?

- Por su apertura total a la voluntad de Dios;
- Por la aceptación y adhesión plena al plan de Dios, que no coincidía con su sueño o proyecto de vida;
- Por el discernimiento vocacional antes de dar su sí consciente;
- Por la fe y la absoluta confianza en la Palabra de Dios;
- Por la coherencia y la perseverancia después de la decisión tomada;

- Por la entrega total y sin límites a la misión recibida;
- Por no haber renunciado ni retrocedido ante las dudas y las innumerables dificultades encontradas;
- Por haber hecho una verdadera elección de Dios por encima de todo;
- Por no haber dudado jamás del amor de Dios.

Se pueden añadir otros motivos. Pero lo importante no es solo mirarla como un hermoso ejemplo a seguir. Tampoco basta con tener devoción a María. Se trata, mucho más, de REVIVIR A MARÍA, de revivir sus actitudes y virtudes, pero a nuestra manera, dentro de nuestra realidad de hoy, de acuerdo con el llamado de Dios para cada uno de nosotros.

Por eso: discernir, escuchar, acoger el llamado de Dios, adherirse plenamente a él en la fe y en la absoluta confianza en Dios, sin rendirse, sin dudar jamás de su amor.

Revivir a María es renovar, cada día, el Sí dado un día, cuando escuchamos su llamado y respondimos generosa y conscientemente.

“¡Reaviva el don de Dios que está en ti!” (2Tim 1,6).



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

JUNIO DE 2026

LA VOCACIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA SCALABRINI



P. Marco Strona

*“Por eso, te recomiendo que reavives
el don de Dios que recibiste
por la imposición de mis manos”
(2Tim 1,6).*

La invitación que San Pablo dirige a Timoteo, expresada claramente en esta frase, acompaña y anima todo el año que estamos viviendo como Scalabrinianos, bajo el signo especial de la vocación.

Sin poder profundizar aquí en el texto, conviene hacer una breve referencia a la relación entre la imposición de las manos y el don del Espíritu Santo presente en este pasaje bíblico. La exhortación de Pablo a “reavivar el don de Dios” evoca, como observa Rinaldo Fabris, la imagen de las brasas bajo las cenizas, invitando a reavivar la llama que ilumina y calienta, como el fuego del hogar.

Se trata del “*chárisma tou Theoû*”, en griego, es decir, del don de Dios que se hace presente en Timoteo

mediante la imposición de las manos del Apóstol. El término carisma (del griego *chárisma*) significa “don gratuito” y designa los dones del Espíritu que proceden de Dios. Como afirma 1Cor 12,7: “En cada uno, el Espíritu se manifiesta para el bien común”.

¿Pero qué significa esto? ¿Y cómo puede este pasaje esclarecer el significado de la vocación?

El Catecismo de la Iglesia Católica identifica la vocación del ser humano con el deseo de felicidad que habita en el corazón de cada persona: “Este deseo es de origen divino: Dios lo puso en el corazón del hombre para atraerlo hacia sí, pues solo Él puede satisfacerlo”.

Entonces, ¿cómo reconocer ese deseo? ¿Cómo discernirlo?

En los Ejercicios Espirituales, Ignacio de Loyola nos ofrece un método de verificación: la respuesta del ser humano al deseo de felicidad puesto por Dios corresponde al crecimiento de la fe, la esperanza y la caridad. Es lo mismo que experimentaron los discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón mientras Él nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32).

Y es precisamente aquí donde se inserta el testimonio y la santidad de San Juan Bautista Scalabrini. Desde su ordenación sacerdotal, comprendió que la vocación no se recibe de una vez y para siempre, sino que ese “sí” debe encarnarse cada día con un corazón renovado y agradecido. Se trata de una respuesta que debe ser integral, es decir, abarcar todo lo que somos, de modo que sea la propia vida la que responda.

Por eso, durante su servicio como formador y rector de seminario, deseaba que “los jóvenes aprendieran a pensar”, entendiendo el pensar no como mera lógica, sino como una “*pietas*” del cuestionamiento, una forma de habitar la realidad en la apertura al amor.

Para Scalabrini, esto se concretó, de manera evangélica, en la opción por los pobres. Opción que, a su vez, se expresó en al menos tres elecciones, tres preferencias apostólicas.

La primera: el amor por los sordomudos y la práctica del método fonético (1831-1886). La segunda preferencia: la periferia, es decir, su ministerio en la Parroquia San Bartolomé, en la ciudad de Como. Allí, en particular, supo hacer madurar cada vez más el binomio fe/justicia, insistiendo ante industriales y políticos sobre la necesidad de asistir

a los campesinos que habían decidido emigrar y de comprometerse para que eso no sucediera (derecho a no migrar). La tercera preferencia apostólica: las personas migrantes. Como sabemos, es célebre el episodio de la estación de Milán, cuya experiencia espiritual dio forma a una vocación dentro de la vocación: fundando, ya como obispo, una congregación de misioneros para el acompañamiento y el servicio a las personas migrantes (derecho a migrar).

En todas estas elecciones es clara la intención de Scalabrini: ejercer la profecía. Scalabrini quiere convertirse en “voz y oído” de quienes no tienen voz, tanto en el sentido fisiológico (las personas sordomudas) como en el sentido sociopolítico (los migrantes y, de manera general, los pobres).

“¿Qué hacer?”, “¿Cómo responder?” Estas son las preguntas que siempre inquietaron el corazón y la mente de Scalabrini, para conformar cada vez más su vida a la de Cristo, para “Ser el fermento de Dios en medio de la humanidad”.

Precisamente esta observación nos invita a reflexionar sobre la concepción dinámica de la espiritualidad de Scalabrini, una espiritualidad que involucra plenamente al ser humano y la historia. Esta perspectiva revela

una espiritualidad dinámica,
profundamente encarnada en
la historia.

Se trata de una mística de comunión
trinitaria, que llama al discernimiento
continuo para reconocer la presencia
de Dios en la vida y en el rostro de los
demás, especialmente en los pobres y
los migrantes.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

JULIO DE 2026

LA VOCACIÓN MISIONERA DE LOS LAICOS, DE LOS CONSAGRADOS Y DE LOS SACERDOTES



P. Eduardo Pizzutti, CS

Misionero Scalabriniano

“¿Habrá algo más deplorable que un cristiano que no se preocupa por los demás? Sería tan contradictorio decir que un cristiano no puede ser útil a su prójimo como negar al sol la posibilidad de iluminar y calentar”.

Hermosas y severas palabras con las que San Juan Crisóstomo advertía a sus fieles. Y encontramos luz y calor también en la afirmación de Jesús al sintetizar su misión: “¡He venido a traer fuego a la tierra!” (Lc 12,49). No es diferente con la frase de San Pablo tomada como lema del Año Vocacional Scalabriniano: “Reaviva el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6). El verbo utilizado aquí (reavivar) indica propiamente “volver a encender” una llama.

Es desde esta perspectiva que queremos reflexionar sobre la vocación misionera. Ante todo, conviene dejar de lado la idea de que la misión

sea una actividad excepcional, un compromiso exclusivo de unos pocos cristianos. Lejos de eso, la vocación misionera compromete a cada bautizado, pues consiste en el don de la propia fe: “La misión renueva a la Iglesia, robustece su fe y su identidad, le da un nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. ¡Es dando la fe como ella se fortalece!” (San Juan Pablo II).

Pensemos en la celebración del Bautismo: recibimos una vela como símbolo de la luz de Cristo, con la tarea de irradiarla, de comunicar a los demás la belleza y la fecundidad de la fe. Al fin y al cabo, ¿cómo transforma mi amistad con Jesucristo mi relación con las demás personas?

Para cada estado de vida (laical, religioso, sacerdotal) existen diversas maneras de ser misionero, ¡pero siempre existen! Evitar esa responsabilidad es poner la llama recibida debajo de una vasija (Mt 5,15). Incluso las actitudes más sencillas pueden calentar un hogar e iluminar un camino. Recordemos que nuestro “currículum misionero” no depende de las muchas “millas” recorridas, porque el frío y la oscuridad también existen en nuestras casas, y no solo en otros continentes.

Como no podía ser de otra manera, el fundamento de nuestra misión es Jesucristo: Él se encarnó como enviado del Padre al mundo para proclamar y realizar el Reino de Dios. Durante su ministerio, eligió a doce hombres y los asoció a su tarea: los discípulos se convirtieron en apóstoles (enviados). Grande fue el desafío de dar continuidad a la predicación y a la obra del Señor; por eso, se les prometió ayuda: “Descenderá sobre ustedes el Espíritu Santo y les dará fuerza; y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines del mundo” (Hch 1,8).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, vemos cómo estos dieron testimonio de que, en la persona de Jesús de Nazaret, se cumplieron de manera extraordinaria las promesas hechas al pueblo de Israel, en una intervención única de Dios en la historia. El Evangelio fue llevando a hombres y mujeres de todas las épocas y de incontables rincones a caminar guiados por la certeza y animados por la esperanza de un mensaje que llegó hasta cada uno de nosotros.

Y la misión de la Iglesia recibió un soplo del Espíritu por medio de la vida y del legado de San Juan Bautista Scalabrini. Su carisma nos conduce a escuchar la voz de Cristo que

resuena en aquellos que, inseguros en su propia patria, la dejan... a veces forzadamente e incluso sin un rumbo definido. Esta ruptura puede desestabilizar los vínculos afectivos, amenazar la integridad, poner en crisis la identidad y los valores. A estas personas estamos llamados a servir como Scalabrinianos.

Entonces, nuestro destino misionero se convierte en el camino que ha de recorrerse junto a los migrantes; el proyecto misionero se renueva con los “signos de los tiempos” de las migraciones; y los destinatarios de la misión terminan convirtiéndose en compañeros de camino.

Ni siquiera para Scalabrini fue fácil comprender cómo vivir la vocación misionera. Recién ordenado sacerdote, deseaba anunciar el Evangelio en Oriente, pero no se le permitió dejar la diócesis. Tanto es así que, algunos años más tarde, confesará a sus misioneros: *“Apretando contra mi pecho la cruz de oro del Obispo, casi me quejo dulcemente con Jesús de que un día me haya negado la cruz de madera del misionero, y no puedo dejar de expresarles, oh jóvenes Apóstoles de Cristo, mi más alta veneración, de sentir una santa envidia de ustedes, que con espíritu fuerte se consagraron a la santa obra de las misiones”* (10/12/1890).

Sin embargo, no perdió su entusiasmo por la misión, que impregnó de diversas maneras su acción pastoral: fundó dos congregaciones misioneras, visitó diversas diócesis para sensibilizar sobre la causa migratoria, cruzó dos veces el océano Atlántico para visitar a sus misioneros y a los emigrantes, llegando incluso a preocuparse por la catequesis de los indígenas brasileños. Y animaba a los misioneros que partían: *“Cada expedición de misioneros es la repetición o, mejor dicho, la continuación de aquella que realizó el Divino Maestro cuando dijo a los Apóstoles: ‘Vayan y enseñen a todos los pueblos’”* (9/9/1891).

Recibió un digno reconocimiento del Papa Pío XI al llamarlo “Obispo misionero” y del Papa Benedicto XV al afirmar que, para su corazón, una diócesis no era suficiente.

El ardor misionero de San Juan Bautista Scalabrini llevó a la Iglesia a asumir el cuidado de los migrantes y ayudó a los cristianos a reavivar la conciencia de ser “extranjeros y forasteros” en este mundo (1Pe 2,11).

Que el carisma scalabriniano sea también un soplo de vida para nuestra vocación misionera.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

AGOSTO DE 2026

VOCACIONES ESPECÍFICAS AL SERVICIO DEL REINO



P. Rosalino Gaona, CS

Misionero Scalabriniano

“No hay nada más natural que lo sobrenatural”. Esta era una expresión de San Juan Bautista Scalabrini que nos ayuda a comprender que lo espiritual nos une a todos. Partiendo de este pensamiento de nuestro fundador, lo relaciono con el título de esta reflexión: “Vocaciones específicas al servicio del Reino”.

Comúnmente, al hablar de vocación, la relacionamos o la reducimos directamente al sacerdocio o a la vida religiosa, lo cual no está totalmente equivocado. Sin embargo, la Iglesia está llena de carismas y dones (1Cor 12,7), que nos invitan a profundizar nuestra reflexión y descubrir la belleza de las diversas vocaciones específicas. Por ello, cuando hablamos de vocación, nos referimos a todas las formas de vida por medio de las cuales el ser humano puede optar y desarrollarse para servir a los demás siguiendo a Cristo.

Entendiendo que la vocación es un don concedido por Dios, y que nunca será fácil comprenderla plenamente, estamos llamados a acogerla como lo que es: un misterio. La vocación se asocia con la idea de llamado; de hecho, ambos pueden considerarse sinónimos desde su etimología.

El protagonista principal de este llamado es Dios mismo, quien, lleno de amor, invita libremente a sus criaturas a caminar con Él en un estado de vida concreto, sin que uno sea mejor que otro, aunque cada uno posea exigencias y estilos de vida particulares.

Al presentar brevemente las vocaciones específicas, queremos valorar y comprender que toda vocación tiene una iniciativa divina.

- **Vocación Matrimonial**

Ante todo, se trata de un sacramento indisoluble. Constituye una elección de vida en la que cada persona descubre en el otro su complemento, prometiendo amor y fidelidad y formando una nueva familia. Dentro de esta construcción del hogar, los esposos procuran vivir plenamente la vocación para la cual fueron llamados, siendo protagonistas en sus comunidades eclesiales y dejando de ser los “gigantes adormecidos” de la Iglesia.

Es oportuna la frase de Scalabrini: “Ustedes, laicos, no son una vejez que declina, sino una juventud que surge para construir una sociedad más justa y solidaria”, enfatizando el verdadero protagonismo de los laicos en la vida eclesial.

- **Vocación Religiosa**

Es una representación viva del estilo de vida de Cristo. Por medio de la consagración, hombres y mujeres viven su llamado en el apostolado propio de sus comunidades religiosas. A través del carisma de cada instituto, buscan la santidad, dando testimonio y construyendo el Reino de Dios con sus vidas y obras. El centro de la vida religiosa es el deseo constante de seguir a Cristo diariamente, escuchando la voz del Buen Pastor. Como afirma el Papa León XIV: “Es el Pastor quien cautiva; quien lo contempla descubre que la vida es realmente bella cuando lo sigue”. Cultivando, amando y cuidando su llamado, los religiosos viven insertos en las realidades del mundo, siendo signo del Reino. La vida consagrada constituye una denuncia profética frente al mundo consumista y desigual en el que vivimos. La vida comunitaria se convierte, así, en una riqueza y un apoyo fundamental para quienes han sido llamados a esta vocación.

- **Vocación Sacerdotal**

Nace de la iniciativa de Dios, que llama al hombre, y este responde libremente con amor. La vocación sacerdotal implica una profunda unión con Cristo para servir y guiar, como pastor, a la comunidad cristiana. Esta vocación nos remite a los primeros llamados realizados por Jesús a sus discípulos: cada uno fue convocado personalmente, adhiriéndose al proyecto de Cristo y siendo posteriormente enviado a la misión. En esta realidad, el hombre llamado al sacerdocio se esfuerza por hacer posible el encuentro de Dios con su pueblo. El Papa Benedicto XVI afirmaba que los fieles esperan de los sacerdotes que sean especialistas en promover el encuentro del hombre con Dios. En nuestro caso particular, los Sacerdotes Scalabrinianos procuramos favorecer ese encuentro promoviendo la dignidad humana y convirtiéndonos en compañeros de camino de los migrantes. De esta forma concreta de vivir la vocación sacerdotal, los Misioneros Scalabrinianos están presentes en más de treinta países, viviendo y haciéndose migrantes con los migrantes, ayudando a construir un mundo más justo y fraterno.

Concluyo afirmando que todo bautizado debe considerar seriamente y proponerse las vocaciones específicas aquí mencionadas. Nuestras comunidades eclesiales deben ser, ante todo, promotoras de una auténtica cultura vocacional.

Que Dios quiera, en su infinita generosidad, que las iniciativas del Año Vocacional Scalabriniano nos ayuden a tomar conciencia de que Dios sigue llamando a nuestros jóvenes y que surja una respuesta generosa a su iniciativa en las diversas vocaciones específicas para la construcción cotidiana del Reino.

Solamente unidos y con un compromiso comunitario podremos reavivar el don de Dios presente en cada uno de nosotros.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

SEPTIEMBRE DE 2026

LA VOCACIÓN EN LA BIBLIA



P. Antônio César Seganfredo, CS

Misionero Scalabriniano

El mes de septiembre es muy apropiado para reflexionar sobre el tema de la vocación a partir de las Escrituras. Eso es lo que propongo a continuación, dentro del Año Vocacional Scalabriniano. Sin embargo, el tema “Biblia y vocación” es ciertamente muy amplio. Podría abordarse a partir de diferentes libros bíblicos específicos o de manera transversal. Es necesario, por lo tanto, hacer elecciones. En la presente reflexión, deseo compartir el tema de la vocación desde la perspectiva del Evangelio de Marcos.

Marcos anuncia desde el principio que la Buena Nueva (el Evangelio) cuya finalidad será presentar la revelación de la identidad de Jesús.

Así, el evangelista comienza diciendo: “¡Jesús es el Mesías e Hijo de Dios!” (Mc 1,1). El desafío está en comprender el significado de estos títulos.

Veamos, de manera esquemática:

- En la primera parte del Evangelio se revela la identidad de Jesús como Mesías: “¡Tú eres el Mesías!”, proclama Pedro (Mc 8,29);
- En la segunda parte se revela la identidad de Jesús como Hijo de Dios: “Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios”, proclama el centurión pagano (Mc 15,39).

En cada una de estas partes encontramos tres elementos estructurales que revelan cuán importante es el tema del discipulado en Marcos y el tipo de discipulado al que Jesús llama.

En los primeros ocho capítulos, Jesús llama a discípulos, los constituye como grupo y los envía en misión. Veamos:

- 1. Mc 1,16-19:** Jesús llama a los primeros discípulos a “seguir detrás de él”: Simón y Andrés; Santiago y Juan. El discípulo, de hecho, “sigue al Maestro”. Parece obvio, pero después Simón (Pedro) adoptará una actitud de maestro, y Jesús le dirá que vuelva a “seguir detrás de él”;
- 2. Mc 3,13-19:** Jesús, en la montaña, constituye un grupo de doce discípulos (recordando las doce

tribus de Israel) y los llama para:

- estar con Él;
- enviarlos a anunciar el Reino;
- tengan poder para expulsar demonios;

3. Mc 6,7-13: Jesús envía a los Doce, de dos en dos. El verbo utilizado, en griego, es significativo: “*apostéllein*”, del cual deriva el sustantivo “apóstol”. ¡Ser constituido apóstol implica ser enviado!

En la medida en que el camino propuesto por Jesús sigue siendo permanentemente válido, caben aquí algunas reflexiones:

- Jesús no realiza una selección de la que resulte un grupo de élite. Llama a trabajadores sencillos, como los primeros cuatro llamados; llama a hombres considerados pecadores, como Leví (Mc 2,14); llama a hombres de personalidad fuerte, como los llamados “hijos del trueno” (Mc 3,17);
- Jesús no garantiza de antemano la fidelidad de los llamados. Recordamos fácilmente los dos casos de infidelidad más destacados: Pedro negó al Maestro (Mc 14,66-72) y Judas Iscariote lo traicionó (Mc 14,43-45);

- Jesús llama, inicialmente, para “estar con Él”. No basta con realizar un “curso on-line” antes del envío a la misión; es necesario “vivir la experiencia” de estar con Jesús (y con los otros llamados); es ineludible compartir su estilo de vida, escuchar sus enseñanzas y asumir la sencillez propuesta por el Maestro;
- Jesús llama para enviar en misión. En ese sentido, sabiamente enviará a los discípulos “de dos en dos”, pues sabe que la colaboración mutua disminuye o aleja muchos peligros, tales como el desánimo, el individualismo y el miedo.
- En los capítulos que siguen, hasta la conclusión del Evangelio, encontramos, al igual que en la primera parte, tres elementos estructurantes. Son los “tres anuncios de la Pasión”, que presentan un esquema que se repite:
 - Anuncio de la Pasión, muerte y Resurrección;
 - Los discípulos no comprenden;
 - Jesús vuelve a enseñar.

Veamos:

1. Mc 8,31 – 9,1: Ante el primer anuncio de la Pasión, Pedro reacciona reprendiendo al Maestro. Jesús relanza el llamado a “seguir

detrás de él” y enseña: “Si alguien quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mc 8,34);

2. Mc 9,31-37: El segundo anuncio de la Pasión no es comprendido por los Doce. De hecho, paradójicamente, conversaban entre sí preguntándose cuál de ellos era el mayor. Entonces Jesús les enseña: “Si alguien quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9,35);

3. Mc 10,33-45: Después del tercer anuncio de la Pasión, ya en el camino hacia Jerusalén, Santiago y Juan se acercan a Jesús y le piden que les permita sentarse, en su gloria, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús responde enseñando: “Quien quiera hacerse grande entre ustedes será el que los sirva; y quien quiera ser el primero entre ustedes será servidor de todos” (Mc 10,43-44).

El camino del discipulado que Jesús propone es el de la cruz, que significa el “discipulado del servicio”. Sus discípulos se muestran prácticamente incapaces de comprender esta lógica y vislumbran el camino de la gloria. El Maestro, obstinadamente, no desiste de aquellos a quienes llamó y vuelve a enseñarles.

También aquí caben algunas reflexiones:

- Jesús no engaña a aquellos a quienes llama. Les presenta el seguimiento en sentido contrario a la búsqueda de grandeza y gloria. Es tentador proponer el seguimiento de un modo que resulte atractivo según los criterios valorados por la sociedad. Parece que los jóvenes acogerán mejor una propuesta de seguimiento “no tan desafiante”. ¡No es esa, observemos, la elección de Jesús!
- Jesús nunca desiste de aquellos a quienes llamó, incluso ante la repetida incompreensión de su propuesta de discipulado del servicio, y no de la gloria. Su reacción es volver a enseñar. ¡Su pedagogía está marcada por una paciencia inaudita!

Ya tenemos, me parece, elementos suficientes para nuestra reflexión en este Año Vocacional Scalabriniano, tanto como formadores de discípulos como en cuanto discípulos. ¡Y no agotamos la perspectiva vocacional en Marcos! Sería muy interesante reflexionar sobre la vocación desde la óptica de los llamados “personajes menores” del Evangelio, tales como la suegra de Pedro, la mujer que padecía hemorragias y el ciego Bartimeo. Pero, por el momento, nos detenemos aquí.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

1. ¿Cómo brindar a los jóvenes, hoy, las condiciones para “estar con Jesús” y, luego, enviarlos en misión?
2. Frente a la propuesta del “discipulado del servicio”, y no de la gloria, ¿cuáles son las expectativas que dificultan a los jóvenes de hoy escuchar la invitación de Jesús y, una vez escuchada, perseverar en ella?
3. Jesús no renuncia a quienes llamó. Su pedagogía es de una paciencia inaudita. ¿Cómo pueden los formadores de discípulos de hoy poner en práctica esta pedagogía de Jesús?



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

OCTUBRE DE 2026

VOCACIÓN Y MISIÓN



P. João Garbossa, CS

Misionero Scalabriniano

La Plegaria Eucarística IV se dirige así al Padre: “De tal manera, Padre Santo, amaste al mundo que, llegada la plenitud de los tiempos, nos enviaste a tu propio Hijo para ser nuestro Salvador... Para cumplir tu plan de amor, el Hijo se entregó a la muerte y, resucitando, destruyó la muerte y renovó la vida. Y, para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó, envió de ti, oh, Padre, como primer don a tus fieles, al Espíritu Santo, que continúa su obra en el mundo para llevar a plenitud toda la santificación”.

Así como el Padre envió a Cristo, Cristo envió a la Iglesia: “Vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio a toda criatura” (Mc 16,15).

Pero, siendo la mies grande y necesitada de muchos obreros, el Espíritu Santo suscita muchos carismas según las necesidades de la Iglesia y concede a todos los dones necesarios.

El obispo San Juan Bautista Scalabrini, al ver a quienes emigraban por miles hacia las Américas, se llenó de un profundo amor y compasión y actuó.

Comenzó haciendo un llamado a los sacerdotes que quisieran partir y los envió a Brasil y a los Estados Unidos.

Con la aprobación del Papa León XIII, en 1887 fundó la Congregación de los Misioneros de San Carlos para los italianos emigrados y, en 1895, fundó la Congregación de las Misioneras de San Carlos. En 1901 realizó un viaje apostólico de cien días para visitar a los inmigrantes en los Estados Unidos. En 1904 hizo una visita de seis meses a los inmigrantes en Brasil.

En 138 años de historia, la Congregación de los Misioneros de San Carlos abrió seminarios para la formación de nuevos misioneros para los migrantes: primero en Italia, en los Estados Unidos y en Brasil; en una segunda etapa, con la ampliación de su finalidad hacia los migrantes y refugiados de todas las nacionalidades, también se abrieron seminarios en México, Colombia, Filipinas, Haití, Argentina, Paraguay y, más recientemente, en Indonesia, Vietnam e India. Scalabrini decía: “Los seminarios son las niñas de mis ojos”.

¡Qué bueno es todo lo que las Congregaciones Scalabrinianas, las Misioneras Seculares y los laicos hicieron y hacen como respuesta a lo que el Espíritu suscitó para el servicio de los migrantes! Sin embargo, el carisma no está reservado solo a los sacerdotes y a las religiosas, sino a todos los cristianos. Scalabrini también fundó la Asociación San Rafael, formada por laicos para acompañar y defender a los inmigrantes. Nunca faltaron los laicos scalabrinianos que actuaban dentro del carisma, ni una multitud de colaboradores. El carisma scalabriniano sigue siendo muy actual. Los inmigrantes están ahí, dispersos por todo el mundo, y muchos viven el drama de la migración. Es necesario despertar a todos, sobre todo a la Iglesia, para el servicio junto a los inmigrantes. Dios nos llama a todos.

Para ello, la Congregación de los Misioneros lanzó un Año Vocacional. Un año para despertar vocaciones consagradas y laicas. El lema de este año es: “Reaviva el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6). Era lo que san Pablo, antes de morir, pidió a su amigo Timoteo. Es lo que Dios nos pide a nosotros: que reavivemos el don. Es el Espíritu Santo quien nos da el don, el carisma. El don ya está dentro de nosotros, pero ciertamente necesita ser reanimado, como hizo san Juan Bautista Scalabrini. No

siempre el trabajo con los migrantes es fácil; por eso es necesario que el Espíritu Santo nos fortalezca y nos anime. Que Él fortalezca todas las vocaciones, tanto las consagradas como las laicas. Al mismo tiempo, pedimos que el Espíritu Santo suscite nuevos vocacionados y vocacionadas para el carisma scalabriniano. Que, en el jardín del mundo y de la Iglesia, florezcan muchas vocaciones. Cristo, la Iglesia y los inmigrantes necesitan sacerdotes, religiosas y misioneras seculares que se consagren a Dios para los inmigrantes. Necesitan laicos scalabrinianos, jóvenes (JUVES), voluntarios y voluntarias. Scalabrini envió a sus primeros misioneros a lugares lejanos de Italia; los envió a las Américas.

Hoy también muchos scalabrinianos dejaron su patria y sus familias y se hicieron migrantes con los migrantes en los cinco continentes del mundo. Sin embargo, también podemos ser misioneros allí donde estamos. Los inmigrantes llegan hasta nosotros, pasan junto a nosotros o viven en nuestra ciudad y en nuestro barrio. Yo puedo no conocerlos, ignorarlos o incluso despreciarlos. Pero también puedo acogerlos, ser su amigo y ayudarlos. Todo esto lo hacemos por Jesús y en nombre de Jesús. Después de todo, Él se identifica con los inmigrantes; Él dijo: “Yo era inmigrante

y ustedes me acogieron, o no me acogieron” (Mt 25,35). Ya en el Antiguo Testamento, Dios había dicho a su pueblo: “Si un extranjero viene a vivir en tu tierra, lo tratarás como si fuera de tu propia carne” (Lv 19,33-34).

¡Sea un(a) colaborador(a) o un(a) vocacionado(a) al servicio del carisma scalabriniano!



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

NOVIEMBRE DE 2026

VOCACIÓN Y CARISMA

SCALABRINIANO



**P. Marcos Henrique
da Silva Nunes, CS**

Misionero Scalabriniano

*“Los exhorto a vivir
de manera digna la vocación
a la que fueron llamados” (Ef 4,1).*

Todo ser humano está llamado a reflexionar, en algún momento y a lo largo de toda su existencia, sobre su trayectoria de vida, en la búsqueda de dar sentido a su peregrinación en este mundo; a reflexionar sobre su vocación en relación con el trabajo, la orientación que debe dar a su vida y a sus elecciones personales, familiares y sociales.

El tema de la vocación y del carisma scalabriniano nos invita a sumergirnos en la esencia de esta misión: ser presencia viva del amor de Cristo junto a los migrantes y refugiados, dando testimonio de que la Iglesia es casa y familia para todos. Viviendo el Año Vocacional Scalabriniano, todos estamos llamados a reavivar el don de Dios que está en cada uno de nosotros, sus hijos e hijas amados.

Sintamos esta invitación, vivamos este propósito como signo de entrega, donación y respuesta positiva al llamado que el Dios Amor hace a cada uno de nosotros: “Ven y sígueme” (Mt 19,21).

San Juan Bautista Scalabrini, considerando al ser humano en su integralidad, afirmaba que “la finalidad de su vocación es la santidad”, recordándonos que toda misión, ya sea sacerdotal, religiosa o laical, tiene como meta última la unión con Dios. La santidad no es un privilegio de unos pocos, sino una invitación universal. La santidad, para Scalabrini, no se separa de la misión. El misionero se santifica en el ejercicio de la caridad; cada gesto de acogida, cada palabra de consuelo, cada defensa de la dignidad humana es un paso en el camino hacia la santidad.

Así, la vocación scalabriniana es, al mismo tiempo, servicio y camino espiritual. Nuestro fundador nos recuerda que la misión no puede reducirse al activismo o a la mera filantropía. Lo que da sentido y fuerza al trabajo junto a los migrantes es la búsqueda de la santidad, es decir, la vivencia profunda del amor de Cristo. Nos recuerda que nuestro carisma no es solo una respuesta social, sino una vocación que santifica a quien la vive y transforma el mundo. Se concreta

en el amor y la dedicación a los migrantes, vistos como iconos vivos de Cristo peregrino, que nos exhorta cada día: “Era migrante y me acogieron” (Mt 25,35).

La vocación scalabriniana es, ante todo, una respuesta al llamado de Jesucristo, que se identifica con los pequeños, los pobres y los desplazados. Cada Scalabriniano (laico/laica, joven, sacerdote, religioso/religiosa, seminarista o vocacionado) está llamado a vivir en comunión con los migrantes, compartir sus dolores y esperanzas y anunciar el Evangelio en medio de sus labores.

Esta vocación no es solo una elección personal, sino un don que nace de la Iglesia y se pone al servicio de la humanidad. Ser Scalabriniano significa asumir la misión de ser puente entre culturas, mediador de paz y defensor de la dignidad humana, comprendiendo que la migración no es solo un fenómeno social, sino un lugar teológico, donde Dios se revela y llama a la Iglesia a estar presente.

Compartiendo la realidad de vida de los migrantes, somos llamados a ver el rostro de Cristo en quienes sufren, a cultivar la humildad y la perseverancia y a dar testimonio de la esperanza en medio de las adversidades, viviendo gestos concretos de amor

y solidaridad. Nuestro carisma es una vocación que exige valentía, disponibilidad y un profundo amor por la humanidad. Scalabrini decía que los migrantes son “flores arrancadas de su jardín y trasplantadas a otro suelo”. Cuidar de esas flores es siempre una vocación y una misión sagrada para cada Scalabriniano.

La vocación y el carisma scalabrinianos no pueden vivirse de manera aislada; germinan y dan frutos solo en comunidad. Así, la vida fraterna es parte esencial de este proyecto de amor, pues testimonia que es posible vivir la diversidad como una riqueza. Cada comunidad scalabriniana debe ser un lugar de oración, de compartir y de discernimiento, donde cada miembro encuentre apoyo para perseverar en la misión, reflejando la propia realidad de los migrantes, que buscan construir nuevas comunidades en tierras extranjeras.

Ser Scalabriniano es ser un testigo profético en un mundo que, muchas veces, rechaza o margina a los migrantes. Es anunciar que todos somos hijos de Dios y que la verdadera identidad cristiana se revela en la capacidad de acoger y amar sin fronteras.

El testimonio profético es parte integrante de nuestra vocación scalabriniana y se extiende a la transformación social. Ser Scalabriniano es ser testigo de Cristo migrante, que continúa caminando con su pueblo y llamando a la Iglesia a ser casa para todos. Es asumir la misión de ser presencia de esperanza, construir puentes y proclamar que, en Cristo, no hay extranjeros, sino que todos son hermanos.

Reavivemos el don de Dios Amor que está en nosotros.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

DICIEMBRE DE 2026

VOCACIÓN A LA VIDA



Oscar Ruben Lopez Maldonado

*“Y Dios creó al ser humano
a su imagen; a imagen de Dios
lo creó; los creó hombre y mujer”
(Gn 1,27).*

Quien se alimenta de la fe cristiana y, todos los domingos, participa en la Santa Misa, profesa en el Credo que cree en Dios Padre Creador. Según nuestra fe, cada ser humano que viene a este mundo lleva la marca de su Creador. Somos imagen y semejanza de Dios. Así, incluso antes de nacer, antes de pertenecer a una familia o a una nacionalidad, antes de profesar una religión, ya estábamos en el corazón de Dios. Él nos amó desde siempre, y su amor es para siempre. Esta es la vocación primera, es decir, el llamado a la vida hecho por Dios.

Este llamado es nuestro mayor don. Por eso, la vida tiene valor en sí misma, por lo que es, y no por los atributos que podamos añadirle a lo largo de la existencia. La vida no vale más por el color de la piel; no es mejor

por pertenecer a un determinado país desarrollado; no es más auténtica por formar parte de un grupo religioso. La vida es sagrada por sí misma, por ser obra gratuita de Dios.

Así, la vocación primera es la vida, la vida que viene, como un regalo, de Dios. Todas las demás vocaciones o llamados deberán converger en este punto inicial: existimos gracias al amor del Dios Creador. Toda vocación es responsabilidad. Somos responsables de los dones que recibimos. De ahí la importancia del cuidado de la propia vida y de la vida de los demás.

En este Año Vocacional Scalabriniano, somos invitados a pensar en la vocación a partir de esta cita bíblica: “Reaviva el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6). Se trata de un texto de San Pablo dirigido a Timoteo, exhortándolo a no dejar que se apague la llama de la vocación que asumió. En ese sentido, ¿qué significaría reavivar el don de la vida, regalo de Dios en cada uno de nosotros? Ciertamente, significaría asumir la vida con toda su grandeza y con sus limitaciones, procurando vivirla de manera auténtica, conforme a la vocación inicial recibida de Dios.

Nuestro Dios Padre quedó satisfecho con todo lo que había creado, pues vio todo lo que había hecho

y consideró que era muy bueno (Gn 1,31). Jesús, por su parte, dijo que vino para que la vida humana tuviera plenitud de sentido y fuera abundante (Jn 10,10). Él no deseaba una vida disminuida o empobrecida; por eso, nos invitó a asumir la vida con fe, optimismo y alegría.

Su relación de íntima confianza con Dios causó cierto escándalo entre personas que se consideraban excesivamente santas. Fue llamado “comilón y borracho” por saber “perder el tiempo” conversando y compartiendo la vida en la mesa con sus amigos, fueran estos considerados santos o pecadores (Mt 11,19).

El Papa Francisco afirmaba que un cristiano no podría dar testimonio de nada si su vida no fuera una exaltación de la belleza de vivir. El querido pontífice sorprendió al escribir que una de las características de la santidad es el buen humor, junto a las virtudes que normalmente asociamos con la santidad. Él mismo supo dar testimonio de ello, llevando una vida serena, confiada y alegre, incluso cargando el peso de tantas responsabilidades y preocupaciones.

Por su parte, San Agustín afirmaba que nuestro corazón no encontraría la paz mientras no regresara a su origen. Así escribió en sus Confesiones:

“Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón permanece inquieto mientras no descanse en Ti”.

Este gran santo de la Patrística comprendió la profundidad de la vocación a la vida, que puede perder su sentido cuando se aleja demasiado del Creador, pues nuestro origen es el mismo Dios. Él es nuestro Señor, y es hacia Él que debemos regresar. Se trata de un gran desafío actualmente, en medio de tantas distracciones que buscan alejarnos de nosotros mismos. La vocación a la vida se desarrolla en la vivencia del amor y de la comunión. Somos, por nuestra propia naturaleza, llamados al amor, porque fuimos creados por el Dios Amor. Nuestro corazón tiene sed de ese amor que es nuestro origen.

Esta vocación a la vida también se desarrolla en la comunión, ya que solamente podemos realizarnos plenamente con los demás. De ahí surgen algunas de las mayores amenazas a la vocación humana. Una de ellas es el peligro de no reconocer el amor auténtico y perderse en la búsqueda de migajas de afecto, que aprisionan más de lo que liberan. El verdadero amor es siempre el camino más seguro hacia la libertad.

Otro peligro es el individualismo, que consiste en la falsa creencia de que

nos bastamos a nosotros mismos, de que no necesitamos de los demás. La vocación a la vida es apertura a Dios y apertura al prójimo. Se trata, por lo tanto, de un encuentro que ocurre tanto en el nivel de la espiritualidad como en el nivel concreto de la vida en comunidad. Del encuentro con Dios y del encuentro con los hermanos surge, como consecuencia, una vida moral sostenida por los valores humanos y por los valores de la fe.

Así, solamente podrá responder a una vocación específica con libertad y generosidad quien sepa vivir, con seriedad y gratitud, su vocación fundamental: el don de la vida.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

ENERO DE 2027

LA EUCARISTÍA Y LA VOCACIÓN



Mons. Pedro Collar Noguera

Obispo de Ciudad del Este, Paraguay

Delante del santo fundador, San Juan Bautista Scalabrini, celebramos un día de gratitud, alegría, reflexión, renovación de nuestro compromiso y esperanza en San Juan Bautista Scalabrini.

Hoy nos reúne un tema sencillo, pero profundo: “Reavivar el don de Dios que está en cada uno de nosotros”. En el centro de esta reflexión está la Eucaristía como fuente inagotable, que contiene todas las gracias, y el suelo fértil donde germinan y se fortalecen todas las vocaciones.

San Pablo, en su carta a los Corintios, nos recuerda que el mensaje de la cruz, aunque parezca una locura para el mundo, es para nosotros “fuerza de Dios”. Muchas veces, el don de Dios en nosotros parece debilitarse ante la “sabiduría de este mundo” o las dificultades cotidianas. Sin embargo, se nos recuerda que la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres. Reavivar el don significa abrazar esa “locura” del Evangelio y

confiar en que la fuerza de Dios actúa en nuestra fragilidad.

El Evangelio de Mateo nos lanza un desafío directo: “Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo”. El don de Dios no es un tesoro para ser escondido debajo de una caja, sino una lámpara que debe colocarse sobre el candelero para iluminar a todos los que están en la casa. Reavivar el don de Dios implica, por lo tanto, dejar que nuestra luz brille por medio de las buenas obras, para que otros vean y glorifiquen al Padre que está en los cielos. No podemos permitir que la sal pierda su sabor; nuestra vocación cristiana y misionera debe conservar siempre su frescura y su capacidad de transformar la realidad.

San Juan Bautista Scalabrini tenía una convicción inquebrantable: la Eucaristía es el tesoro devocional por excelencia. Ella contiene todas las gracias porque en ella recibimos al propio Cristo, autor de todo don. En el camino del seguimiento de Jesús, la participación en la Eucaristía no es un rito opcional, sino una necesidad vital. Es en la fracción del pan donde recuperamos las fuerzas para “cultivar, desarrollar y defender” nuestra vocación.

Para Scalabrini, la Eucaristía era el lugar donde la vocación se alimenta y se protege de los obstáculos del camino. Él era extremadamente sensible a las dificultades enfrentadas por los jóvenes con inquietudes vocacionales y veía en la oración ante el Sagrario el refugio y la respuesta para esas pruebas.

El don de Dios, aunque sea personal, crece y se desarrolla en el seno de una comunidad y de una familia. Scalabrini exhortaba con firmeza a los padres, advirtiéndoles que “tantas vocaciones preciosas se pierden por no ser valoradas”. La familia debe ser el primer seminario, el espacio donde se respeta y se promueve el llamado de Dios.

De la misma manera, nuestra comunidad debe ser sensible a las necesidades de los demás, ejerciendo los dones de la acogida y de la solidaridad. Como familia scalabriniana, estamos llamados a ser entusiastas y firmes en nuestra vocación misionera, creciendo juntos en número y santidad. El apoyo mutuo es fundamental para que nadie se sienta solo en su respuesta al Señor, especialmente los más pobres, los migrantes y los refugiados, quienes deben encontrar en nosotros un lugar donde puedan vivir dignamente y expresar su fe con libertad.

La enseñanza de San Juan Bautista Scalabrini nos muestra que la vocación viene de Dios y debe ser acogida en cualquier circunstancia. Recordamos con admiración cómo Scalabrini, al darse cuenta de que no había espacio en un seminario para un joven aspirante, ordenó que se limpiara un depósito de granos para que aquel joven tuviera un lugar donde dormir y estudiar. Esa determinación nacía de una vida profunda de oración.

Para el seminarista, para el sacerdote y para todos los cristianos, la familiaridad cotidiana con la Palabra de Dios es indispensable para un discernimiento sincero. La oración no es un ejercicio intelectual, sino un encuentro que permite buscar lo que Dios desea en las situaciones concretas de la vida. Al responder al salmo: “El Señor me libró de todos mis temores”, reconocemos que la santidad no es una conquista humana, sino un fruto de la oración perseverante y de la apertura a la acción de Dios en nosotros.

Hermanos, hoy somos invitados a no ser pasivos ante los dones recibidos. San Juan Bautista Scalabrini nos enseña que la vocación es algo por lo cual debemos sentirnos “profundamente honrados”. Reavivar el don de Dios significa hoy: Volver

a la Eucaristía con hambre y sed de Cristo. Ser luz y sal en medio de un mundo que, muchas veces, prefiere la oscuridad o la indiferencia. Comprometernos con la acogida, especialmente de nuestros hermanos migrantes. Rezar intensamente para que el Señor despierte “innumerables y santas vocaciones” en nuestra Iglesia y que ellas perseveren en el seguimiento de Jesús.

Que, por la intercesión de la Virgen María, siguiendo el ejemplo de San Justino y bajo la guía de San Juan Bautista Scalabrini, sepamos bendecir al Señor en todo tiempo y que su alabanza esté siempre en nuestros labios. Que nuestra luz brille para que el mundo vea la obra de Dios en nosotros.

Nota: Este texto es el resumen de la homilía de Mons. Pedro Collar durante la celebración de San Juan Bautista Scalabrini, el 1 de junio de 2026.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

FEBRERO DE 2027 LA VOCACIÓN PARA DAR TESTIMONIO DE FE EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO



P. Marcelo Vitor Viana Braz, CS
Misionero Scalabriniano

A lo largo de este Año Vocacional Scalabriniano, fuimos invitados a reavivar el don de Dios que está en nosotros, iluminados por la Palabra de Dios, que siempre nos pone en movimiento, y por el ejemplo de nuestro querido padre y fundador, San Juan Bautista Scalabrini. Cada uno de nosotros, por medio de nuestro Bautismo, es llamado a vivir una vocación especial. Ya nos decía Scalabrini que la “vocación es un don precioso colocado por Dios en el corazón de cada hombre”. En este sentido, hoy vamos a reflexionar sobre nuestra vocación al servicio del testimonio de la fe en la Iglesia y en el mundo.

“Nadie enciende una lámpara y la coloca en un lugar donde quede escondida, ni debajo de un recipiente. Al contrario, la pone en un lugar apropiado, para que los que entren en la casa puedan ver su luz” (Lc 11,33).

Este versículo del Evangelio de Lucas nos ayuda a comprender la profundidad de la vocación cristiana. Aquellos que recibieron la Luz de Cristo por medio del anuncio de la fe son ahora invitados a iluminar el mundo a través de su testimonio y de sus buenas obras.

El lenguaje simbólico utilizado por la Iglesia en la celebración de los sacramentos, principalmente en la iniciación cristiana, destaca el simbolismo de la luz. En el Bautismo, padres y padrinos transmiten a sus hijos y ahijados la Luz de Cristo por medio de la entrega de la vela encendida. En la Confirmación, el cristiano, ya adulto, lleva por cuenta propia esta vela y, al hacer su profesión de fe, asume el compromiso de ser luz del mundo y sal de la tierra.

A lo largo de los tiempos, los cristianos fueron madurando y comprendiendo el sentido fundamental de su vocación de ser luz del mundo. Como parte de este mismo proceso de descubrimiento, hubo momentos en los que esta luz tan preciosa, que nace del anuncio del Evangelio, parecía apagarse o perder su expresividad y fuerza.

En estos momentos de duda, incertidumbre e incluso oscuridad, vemos surgir el testimonio de vida y fe de tantos santos y santas, hombres y mujeres que comprendieron la profundidad de su vocación y fueron capaces de reavivar la fe de tantos otros hermanos y hermanas que se encontraban desanimados en el camino.

A finales del siglo XIX, cuando el hambre y la pobreza azotaban Europa y muchos se vieron obligados a dejar sus tierras para intentar una nueva vida en un nuevo mundo, San Juan Bautista Scalabrini, quien mantuvo siempre encendida la llama de su vocación misionera, fue luz. Scalabrini fue capaz de comprender que su vocación no debía estar limitada a las fronteras de su diócesis. Por eso, irradió hacia tantas partes del mundo su ardor misionero. Una vocación que fue testimonio de fe en el seno de la Iglesia y que ayudó al mundo a comprender que la vocación fundamental de la Iglesia es ser luz para el mundo.

Sin miedo a equivocarnos, podemos decir que Scalabrini, adelantado a su tiempo, comprendió el sentido de lo que es ser una “Iglesia en salida”, una Iglesia que camina junto al pueblo, que es luz en las noches oscuras de la humanidad. Uno de sus valiosos

pensamientos, que reflejan esta comprensión, está expresado en la pequeña frase: “Donde está el pueblo que sufre y lucha, allí debe estar la Iglesia”.

A lo largo de todo su pontificado, el Papa Francisco afirmaba la importancia de ser una Iglesia en salida, que no se cansa de ir al encuentro de las periferias materiales y existenciales para anunciar la belleza y la alegría que nacen del Evangelio.

El tiempo en que vivimos continúa marcado por innumerables desafíos e incertidumbres. Cada día vemos surgir nuevos conflictos armados, y escenarios de hambre, destrucción y migración forzada se vuelven rutina en nuestros medios de comunicación. Delante de todo esto, nos preguntamos: ¿qué debo hacer? ¿Cómo vivir mi vocación de ser luz del mundo en un mundo que parece acostumbrado a vivir envuelto en tinieblas? ¿Cómo reavivar el don de Dios que está en mí?

Las respuestas a estas preguntas no son fáciles de encontrar. Sin embargo, somos invitados a iniciar un camino, a dar comienzo a nuevos procesos que nos ayuden a reencontrar el sentido de nuestra vocación.

La Palabra de Dios siempre nos impulsa a soplar las cenizas que esconden la llama encendida en cada uno de nosotros. Un cristiano que descubre la fuerza de su vocación es capaz de iluminar el mundo con la luz que viene del Evangelio.

El propio Jesús nos dijo: “El que cree en mí hará también las obras que yo hago, y hará obras aún mayores que estas” (Jn 14,12).

Dejémonos provocar por la Palabra de Dios y no tengamos miedo de responder a su llamado, que es siempre un llamado de amor.

Que nuestra vocación, vivida con fe y amor en el corazón de la Iglesia, pueda ser luz para el mundo, que tanto necesita de la luz que viene de Cristo.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

MARZO DE 2027

TESTIGOS DEL AMOR DE CRISTO CON LOS INMIGRANTES



P. Gelmino Costa, CS

Misionero Scalabriniano

Este pequeño escrito parte del amor de Dios y de Cristo por los inmigrantes e invita a todo el pueblo de Dios, especialmente a los Scalabrinianos, a testimoniar ese mismo amor por los inmigrantes.

Dios caminó con los inmigrantes

Toda la historia de la revelación de Dios es una historia de amor en favor de un pueblo inmigrante. Dios pidió a Abraham que saliera de su tierra y partiera hacia otras tierras, y selló una Alianza con él y su descendencia. Dios se convirtió en el compañero de Abraham y de sus descendientes.

Dios se reveló a Moisés, diciendo que veía el sufrimiento del pueblo en Egipto y que iba a liberarlo. Lo liberó y, paso a paso, acompañó su peregrinación hasta la llegada a la Tierra Prometida. Dios se reveló como el Dios del camino, que camina lado a lado con su pueblo. Dios amó y nunca abandonó a su pueblo.

Una vez llegado a la Tierra Prometida, Dios invitó a su pueblo a no olvidar que había sido inmigrante y extranjero en Egipto y, por eso, debía amar, acoger y tratar bien a los extranjeros: *“Cuando un inmigrante habite con ustedes en el país, no lo opriman. El inmigrante será para ustedes un conciudadano: lo amarás como a ti mismo, porque ustedes fueron inmigrantes en la tierra de Egipto”* (Lv 19,33-34).

Al mismo tiempo, Dios siempre mantuvo su amor especial por los extranjeros, por los huérfanos y por las viudas. El profeta Ezequiel relata que Dios acompañó al pueblo cuando este fue deportado a Babilonia, dando testimonio de que el corazón misericordioso de Dios no abandona a su pueblo en el sufrimiento del exilio.

El amor de Dios alcanza su punto culminante al enviar a su Hijo al mundo: “Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo” (Jn 3,16).

Jesús y los inmigrantes

Vino Jesús con la misión de invitar a todos a amar a Dios y a los hermanos. Fue animado por la caridad y la misericordia. Él “se conmovió de compasión”. Amó, sobre todo, a los menos amados, a los enfermos, a los más sufridos y a los más despreciados. Jesús fue la revelación del rostro compasivo del Padre.

Nos amó hasta el fin y pidió que nos amáramos unos a otros como Él nos amó. Nos dejó el amor como signo distintivo para ser sus discípulos.

Resucitado, se apareció a Pedro y le preguntó si lo amaba. Ante la respuesta positiva, Jesús le confió el cuidado de sus ovejas y de sus corderos. Las ovejas y los corderos son de Él, y Él los confía solamente a quien ama profundamente.

La orientación de los apóstoles

Los apóstoles y las primeras comunidades cristianas vivían el amor, la ayuda mutua y tenían un cuidado especial con la hospitalidad. San Pedro enseña: “Practiquen la hospitalidad unos con otros” (1Pe 4,9).

San Pablo exhortaba: “Amen cordialmente unos a otros con amor fraterno; compartan las necesidades de los santos; practiquen la hospitalidad” (Rom 12,10.13).

La Carta a los Hebreos nos dirá: “No se olviden de la hospitalidad, porque, gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles” (Hb 13,2).

Testigos del amor de Cristo con los inmigrantes

Antes de despedirse, Jesús invitó a los apóstoles a ser sus testigos. Todos los seguidores de Cristo están llamados a dar testimonio de Él. Dios continúa amando a todos y teniendo un cariño especial por los inmigrantes. Todos nosotros, pero sobre todo los Scalabrinianos, testimoniamos el amor de Cristo por medio de un amor especial a los inmigrantes. Cristo continúa amando a los inmigrantes, sirviéndose también de sus seguidores para ello.

Ante los inmigrantes, en primer lugar, convertimos nuestra mirada: los miramos con la mirada de Jesús. No juzgamos, no condenamos, sino que somos movidos por la misericordia.

Convertimos también nuestro corazón: amamos a los inmigrantes con el corazón de Jesús. Buscamos tener los mismos sentimientos de Cristo. Esta mística motiva nuestra consagración y nuestra acción junto a los inmigrantes. Es ella la que nos hace reconocer a Cristo en el rostro de los migrantes, como Él mismo afirmó: “Era extranjero, peregrino, inmigrante, y me acogieron”; o también: “Tenía hambre y me dieron de comer, estaba desnudo y me vistieron” (Mt 25,35-36). Por eso, amamos a los inmigrantes movidos

por el amor de Cristo, “que ha sido derramado en nuestros corazones” (Rom 5,5).

Cristo continúa amando a los inmigrantes por medio de nuestro amor. Continúa siendo el Buen Samaritano a través de nuestro servicio de acogida y hospitalidad. Continúa siendo el Buen Pastor por medio de nuestros gestos de amparo, protección, orientación y defensa de los inmigrantes.

Jesús, que peregrinó con su pueblo y se hizo compañero de camino de los discípulos de Emaús, continúa presente en el amor de aquellos que se hacen migrantes con los migrantes en los trayectos y, sobre todo, en las fronteras.

Por eso, con nuestra presencia y misión junto a los inmigrantes, somos siempre invitados a testimoniar el amor de Cristo y a ser reflejo de ese amor en el mundo.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

ABRIL DE 2027

JESÚS, EL BUEN PASTOR QUE DA LA VIDA POR SUS OVEJAS



P. Alexandre De Nardi Biolchi, CS

Superior Regional
de la Región Nuestra Señora
Madre de los Migrantes

En este itinerario del Año Vocacional Scalabriniano, cuyo lema que nos inspira es “te recuerdo que reavives el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6), llegamos hasta ti para reflexionar a partir de la imagen de Jesús, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

La imagen de Jesús como el Buen Pastor es una de las representaciones más antiguas y queridas del cristianismo, remitiendo a un cuidado que es, al mismo tiempo, autoridad y ternura. Esta imagen, basada en el capítulo 10 del Evangelio de San Juan, revela algunas características y actitudes del amor de Dios, encarnado en la persona de Jesús el Buen Pastor, por cada uno de nosotros, sus hijos e hijas.

En la base de esta imagen encontramos el profundo amor, manifestado en la actitud del cuidado, que Dios, a través de su Hijo, tiene por cada uno de nosotros. A diferencia de lo que ocurría con otros líderes políticos y religiosos de aquel tiempo,

Jesús se apropia de la imagen del pastor para revelar que su misión es entregar la vida por el bien de la humanidad, así como el pastor que vive con las ovejas y conoce a cada una de ellas, garantizando su supervivencia y defendiéndolas de los depredadores y de las inclemencias. Jesús, el Buen Pastor, a diferencia de los mercenarios –que huyen cuando aparece el lobo– permanece y protege al rebaño entregando su propia vida.

El versículo 11 del capítulo 10 afirma: “yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por las ovejas”. Este versículo es central y define la esencia de la misión de Jesús: dar la vida por sus ovejas, sacrificarse por ellas. Invirtiendo la lógica del Antiguo Testamento, donde se ofrecían ovejas y otros animales en sacrificio por la expiación de los pecados de los hombres, ahora es Jesús, el Buen Pastor, quien se presenta y se ofrece en sacrificio, pues como Él mismo dice: “yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Este dar la vida, para que tengamos vida en abundancia, es una profunda obediencia al Padre: “Nadie me quita la vida; yo la doy libremente” (Jn 10, 18). Es un acto de amor voluntario y consciente. Al entregarse en la cruz, Jesús asume sobre sí todo el peso del pecado y de la muerte,

permitiendo que el rebaño encuentre la salvación y la vida eterna.

Otra característica de esta imagen del Buen Pastor es el conocimiento personal. El propio Jesús asegura: “Conozco a mis ovejas, y ellas me conocen” (Jn 10, 14). En la cultura y el contexto del tiempo de Jesús, el pastor acostumbraba a dar nombres a sus ovejas. Ellas no eran un número. Eran conocidas por sus cicatrices, sus comportamientos y sus necesidades. Este detalle revela a un Dios que no es distante o impersonal. El Buen Pastor sabe cuándo una oveja está herida, cuándo está cansada o cuándo está a punto de desviarse por un camino peligroso. Por otra parte, las ovejas reconocen su voz de pastor. Y en esto somos llamados, en este mundo marcado por ruidos y voces que quieren desviarnos del verdadero camino a seguir, sintonizados con la voluntad de Dios, a continuar reavivando el “don de Dios” que está en nosotros, para que podamos ser conducidos por el Buen Pastor a los “verdes pastos que nos llevan a descansar” (Sal 23, 2).

Reconocer a Jesús como el Buen Pastor exige un ejercicio de humildad. Hay que admitir que necesitamos de un maestro que nos guíe. Él no nos guía solamente hacia el cielo, sino que nos conduce en el día a día de

la vida y en todos los momentos. El cayado del pastor sirve tanto para proteger a la oveja de algún peligro como para corregirla cuando insiste en un camino que la llevará al abismo. La presencia, cercanía y compañía del Buen Pastor son la certeza del cuidado y la protección de Dios.

Jesús todavía dice que tiene “también otras ovejas que no son de este redil. También a ellas debo conducir; ellas escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor” (Jn 10, 16). Aquí entra un aspecto muy valioso para nuestra espiritualidad scalabriniana, que es el elemento de la unidad del rebaño, la comunión en la diversidad. El Buen Pastor busca la unidad. Él no descansa mientras haya una oveja perdida o dispersa, independientemente de cuál sea su procedencia u origen. La misión de Jesús y nuestra misión es formar un solo rebaño y un solo pastor, donde todos se sientan acogidos, protegidos, promovidos e integrados.

La imagen de Jesús como el Buen Pastor es una invitación a la confianza. A “reavivar el don de Dios que está en ti” (2Tim 1,6), para seguir fielmente como sus ovejas, pero también para asociarnos a Él en la misión del pastoreo y, en el caso de nosotros, Misioneros Scalabrinianos, particularmente en el pastoreo de los migrantes, refugiados y marítimos.

PARA REFLEXIONAR:

1. ¿Cuáles son las principales características y actitudes del Buen Pastor?
2. ¿Cómo podemos colaborar en el pastoreo de Jesús, el Buen Pastor?

Recemos para que Dios envíe más pastores con un corazón idéntico al del Buen Pastor para servir a los migrantes, refugiados y marítimos.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

EXPLICACIÓN DEL LOGO DEL AÑO VOCACIONAL SCALABRINIANO



El logotipo del Año Vocacional Scalabriniiano fue desarrollado por el Departamento Regional de Comunicación de la Región Nuestra Señora Madre de los Migrantes (RNSMM). Su identidad visual sintetiza, en lenguaje simbólico, la espiritualidad misionera de la Congregación de los Misioneros de San Carlos – Scalabriniianos y el llamado vocacional de todo cristiano.

Las llamas que componen el logo representan al Espíritu Santo, Don de Dios concedido a la Iglesia y a cada fiel por medio del Bautismo y fortalecido en el Sacramento de la Confirmación, cuando el cristiano es confirmado para dar testimonio de Cristo en el mundo. La imagen remite directamente al acontecimiento de Pentecostés, descrito en los Hechos de los Apóstoles: “Aparecieron entonces unas lenguas como de fuego, que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos” (Hch 2,3).

Pentecostés marca el nacimiento de la Iglesia misionera. El Espíritu Santo, prometido por Cristo, desciende sobre los apóstoles, les concede diversos dones y los envía a anunciar el Evangelio a todos los pueblos, superando las barreras de lengua, cultura y nación. Desde entonces, la misión de la Iglesia es conducida por la acción del Espíritu, que continúa suscitando vocaciones y enviando hombres y mujeres para servir al Reino de Dios.

El símbolo está formado por dos llamas que se complementan sin tocarse, expresando la íntima comunión entre Dios y la humanidad. Esta composición también evoca el misterio de la propia Iglesia, que, animada por el Espíritu Santo, reúne a personas de diferentes pueblos

y culturas en un solo Cuerpo, cuya cabeza es Cristo (cf. 1Cor 12,4-13). El espacio vacío de la llama interna revela la figura de una paloma, símbolo tradicional del Espíritu Santo, inspirado en el relato del Bautismo del Señor: “El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal, como paloma” (Lc 3,22). Al mismo tiempo, esta figura remite a las aves migratorias, que atraviesan fronteras y recorren largas distancias en busca de nuevos horizontes.

Esta doble simbología dialoga profundamente con el carisma scalabriniano. Así como las aves migratorias siguen impulsadas por la necesidad de encontrar vida, también millones de migrantes, refugiados y marineros dejan su tierra natal en busca de seguridad, dignidad, trabajo, paz y esperanza. En ellos, la Congregación reconoce el rostro de Cristo peregrino, acogiendo, protegiendo, promoviendo e integrando a aquellos que viven la experiencia de la movilidad humana.

De esta forma, el logotipo expresa la acción permanente del Espíritu Santo, fuente de todos los carismas y de toda vocación en la Iglesia. Él recuerda que cada vocación nace de una iniciativa divina y se realiza en la misión, poniendo los dones recibidos al servicio del pueblo de Dios y de

la construcción del Reino. Para la Familia Scalabriniana, este llamado adquiere un rostro concreto: ser signo de la providencia de Dios junto a los migrantes, refugiados y marítimos, haciendo presente, por medio de la misión, la esperanza del Evangelio dondequiera que haya una persona en camino.



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR



PRÓXIMA SECCIÓN

HIMNO DEL AÑO VOCACIONAL SCALABRINIANO

El himno oficial del Año Vocacional Scalabriniano es una invitación a soplar las cenizas, a reavivar la llama de la vocación y a recordar que Dios continúa renovando los dones que habitan en nosotros. Esta canción será la banda sonora de un año de escucha, discernimiento y valentía.

Al ritmo de la esperanza y con la intercesión de San Juan Bautista Scalabrini, seremos apóstoles generosos para los migrantes, refugiados y marítimos.



ACCEDE A LA PARTITURA



ACCEDE A LA CIFRA

Letra:

Un llamado Dios nos hace
Que nos lleva a caminar
Nos envía por el mundo
Su amor anunciar
“Esta llama está en nosotros
¡Es urgente despertar!”

**Sopla las cenizas que esconden
El don que está en ti
¡Necesita reavivar!
Id, apóstoles generosos
Sin miedos ni temores
¡Id evangelizar!**

Un carisma que nos trae
El llamado a la misión
De ser sal y luz del mundo
Un faro en la migración
Con los ojos de Scalabrini
Proteger de corazón.

Un encuentro especial
Vamos juntos a realizar
Con el mismo Dios de la vida
Que nos ha de renovar
En la certeza del llamado
¡Vamos juntos a caminar!



FICHA TÉCNICA

Compositor

P. Marcelo Vitor Viana Brás, CS

Intérpretes

Rel. Caíque Machado Correia, CS

Fernanda Callegher Garcia

Producción, Mezcla y Masterización

Diogo Ribeiro Martins

Contribución de la traducción al Español

Rel. Favio Sergio Soares, CS

Rel. Adrian Martinez Alegre, CS

Rel. Caíque Machado Correia, CS

P. Camilo Moreira Maforte, CS

P. Walter Arévalos Reyes, CS

Oscar Maldonado



RESUMEN



SECCIÓN ANTERIOR

